

Los ojos de Holoc

Rodrigo Andrés Coria



Capítulo 1

Los ojos de Holoc

Estaba cansado de hundir la nariz en libros académicos complicados y aburridos. Cuando me ofrecieron trabajar en la biblioteca de un ostentoso edificio neogótico en el corazón del barrio porteño de Saavedra, me pareció que iba a ser divertido e interesante, pero me equivoqué. Mi única diversión era imaginar los secretos ocultos en los libros olvidados de aquella extraña habitación. ¿Cuál sería su destino? ¿Por qué se guardaban ahí con tanto celo? Hoy sé que nunca debí apartarme de la comodidad de mi estudio y de las aburridas lecturas. Ahora mi vida se ha desmoronado por culpa de esta mente inquieta que hurgó en misterios que debían seguir escondidos.

Mi escritorio estaba ubicado frente al apodado "Cuarto de libros olvidados". Una sección prohibida del edificio, que sólo podía abrirse con la llave del director y bajo su supervisión. Ningún empleado de la gran biblioteca tenía acceso a ella. Era raro que esa puerta se abriera, y "raros" eran también los ejemplares que ahí descansaban.

Una mañana, el director José De Solís Guevara, un hombre de naturaleza serena, caminó entusiasmado por el pasillo, seguido por dos sujetos de rasgos árabes, con la barba cuidadosamente afeitada y pestañas largas y oscuras. Los visitantes llevaban consigo un maletín de aluminio reforzado y escuchaban con atención el cuantioso protocolo que el director les repetía con énfasis. Dejé de registrar la pila de libros nuevos y los observé entrar al dichoso cuarto de libros olvidados.

Su estadía fue prolongada. Nunca vi al director estar más de veinte minutos allí dentro. Debieron transportar algo muy controversial e insano en ese maletín, y no lo digo por el tiempo que se tomaron, si no por el aspecto que tenían al salir. Los tres hombres se retiraron pálidos y silenciosos, con la vista fija en algún punto perdido del otro extremo del pasillo, como si estuvieran sumergidos en un trance colectivo, ajenos a la realidad y no me importo... Habían dejado la puerta abierta del cuarto y vi mi oportunidad de, al fin, leer uno de aquellos extraños ejemplares.

Al ingresar a la enigmática habitación, mi corazón se aceleró al tiempo que el olor de páginas avejentadas inundaba mi nariz. El cuarto estaba fresco y la luz tenue le daba un aspecto tétrico y cavernoso. Las estanterías se encontraban sobre las paredes alejadas, y los más viejos ejemplares reposaban allí; detrás de vitrinas selladas al vacío para que la humedad y el aire no los siguiera degradando. Algunos eran grandes, otros pequeños, otros solo hojas apiladas prolijamente y ninguno escapaba a los estragos del tiempo. Pude leer títulos escritos por puños de

personas que el mundo decidió olvidar, y quizá haya sido una buena decisión, porque había libros de índole maligna y oscura. Aún cuando estaban escritos en lenguas incomprensibles para mí, la caligrafía parecía desafiar a las mentes cuerdas; eran trazos desagradablemente aterradores, hechos por individuos sin moral alguna, como si los autores hubieran escrito con la muerte acechándoles de cerca. Otros, sencillamente, dejaban explícito en dos frases su contenido retorcido.

Me dejé seducir por aquel cuarto de viejas historias y me detuve un instante a recorrerlo con la mirada antes de salir. Tenía miedo de ser descubierto por el director, pero de todas maneras seguí movido por la curiosidad. Miré hacia una fuente de luz que me atrajo como a un insecto y me llevó a un rincón de la habitación; un rincón donde había un pequeño escritorio con un portafolio abierto, guantes de látex recién usados y una lámpara encendida. De haber sabido lo que me esperaba, me hubiera escapado en ese momento.

Un libro forrado con pequeños trozos de piel ennegrecida reposaba sobre la mesa. Cuando lo sostuve en mis manos, noté que entre la costura de los trozos de piel, sobresalían pequeños pelos como si fueran pestañas, y sin embargo, eso no era lo más asqueroso. Un enorme ojo de cristal se abría en el centro del libro; parecía el ojo mutilado de una persona. La precisión y la delicadeza invertida en los detalles de aquel raro ejemplar era estremecedor. El libro poseía un aspecto siniestro y malévolos, y tuve la desagradable sensación que el ojo me miraba fijamente, carente de humanidad, inexpresivo. Al abrirlo supe que cometía un error, pero no pude evitarlo.

Lo solté inmediatamente y una extraña sensación me infestó cada rincón del cuerpo. Mis movimientos comenzaron a ralentizarse. El cuello se me endureció. Los ojos comenzaron a picarme y luego sentí como si alguien me quisiera arrancar los párpados tirando de ellos. Quise gritar pero no salió sonido alguno de mi garganta. Una fuerza invisible me invadió de manera abrupta y desenfrenada. Luché con aquella opresión, pero los ojos empezaron a incomodarme cada vez peor, ahora era como si tuviera arena ardiente en ellos. Pestañeeé para librarme de aquel dolor pero no pude... No podía mantenerlos abiertos y fue cuando "Holoc" apareció en mi cabeza. Supe su nombre al instante, sin siquiera conocer el idioma ni su procedencia. Solo vi un enorme ojo baboso que me observaba desde la espesura del abismo de mi mente, era un ser abominable con miles de extremidades carnosas que se agitaban a su alrededor...

Cuando desperté me encontré con el director y los dos visitantes. Los tres hombres se habían cercenado los párpados. Sus ojos salían de sus cuencas y me observaban como solo Holoc podía hacerlo. La parasitaria entidad los poseyó... Nos poseyó.

Comencé a sentir una angustiante vibración dentro de mi cabeza y sentí como mi cordura se desvanecía poco a poco. Tuve la gozosa sensación de querer mutilarme y lo hice...

Yo también debía dar mis párpados como tributo a Holoc.